

# Detrás de la gran muralla

por Elizabeth Rush\*

Ya hace un cuarto de siglo que India levanta un muro en la frontera que la separa de Bangladesh: 3.286 kilómetros, la barrera geopolítica más larga del mundo. Sin embargo la muralla, resultado de los temores nacionalistas, es menos infranqueable de lo que comúnmente se cree.

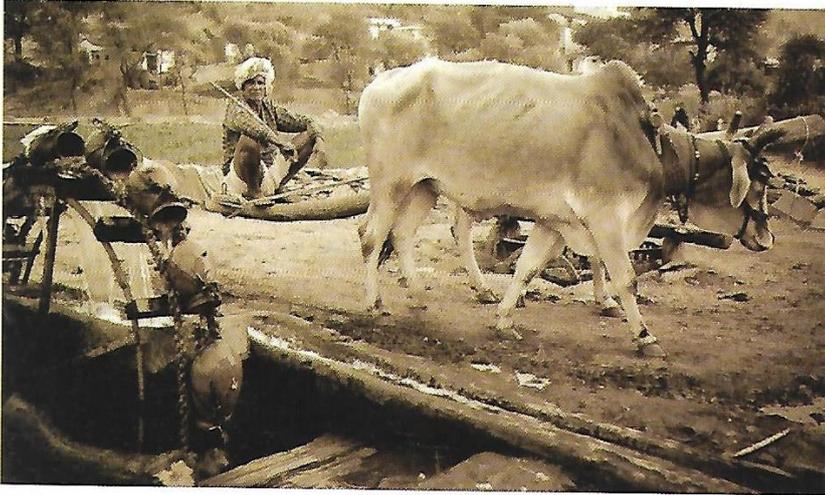
**B**engala Occidental, India. A lo lejos, dos personas caminan bordeando la frontera, una vestida de blanco, la otra, de naranja. La primera rueda por el terraplén tendiendo las manos para ayudar a la segunda. Después avanzan juntas por un canal estrecho, con el agua hasta la cintura, entre jacintos de agua violetas. A 500 metros a su izquierda, se erige una parte del famoso muro. Pero acá, no hay nada. Solo una luz crepuscular en la que todo se disuelve. Las dos minúsculas siluetas trepan el talud a la distancia. Y listo, ya cruzaron, desapareciendo luego en los repliegues del terreno de otro país. Costo total del viaje: de 500 a 1.000 rupias (entre 7 y 14 euros) la ida, solamente (1), dependiendo del grado de intimidad que uno tenga con los guardias sobornados.

“Bangladesh está justo ahí atrás”, nos indica Shoun (2), señalando una línea de palmeras de dátiles. Una sonrisa ilumina los delicados rasgos del niño. “Estoy orgulloso de vivir acá, frente a los dos países.”

El segundo país del que habla, sin embargo, formó parte de India hasta 1947, fecha en que los británicos dividieron la región según criterios religiosos: los hindúes de un lado y los musulmanes del otro. Una frontera internacional trazada a las apuradas y arrojada en medio de una zona que nunca antes había conocido una frontera. La Bengala india, que antes era

una entidad regional cultural y económica, quedó dividida en dos partes desiguales: Bengala Occidental (que todavía pertenece a India) y Pakistán Oriental. Este último, que pertenecía a Pakistán, se independizó después de la Guerra de Independencia de 1971 y fue rebautizado Bangladesh. Hoy, mientras India emerge como una de las mayores potencias del mundo, Bangladesh sigue luchando por infraestructuras básicas y para librarse de la corrupción.

Durante los últimos 25 años, Nueva Delhi invirtió miles de millones de dólares en la construcción del muro fronterizo más largo del mundo. Cada año, el Ministerio del Interior indio invierte 1.300 millones de dólares extra en su mantenimiento, así como en el personal encargado de este programa de defensa nacional tan costoso como ineficaz. Publicitan al muro como la Gran Muralla China de los tiempos modernos: una barrera hermética destinada a contener a los bangladesíes. Pero la realidad no tiene mucho que ver con la imagen oficial. En muchos lugares, el famoso muro se resume a unas pocas hileras de alambrados tendidos entre algunas casetas dispersas. Se interrumpe regularmente y retoma más lejos, dejando intersticios abiertos para todo lo que pueda cruzar: campesinos que cultivan en este *no man's land* entre los dos países, refugiados, mujeres y niños víctimas del tráfico, y cientos de millones de dólares de mer- →



**Campeños.** Los habitantes rurales, que representan casi el 70% de la población india, atraviesan una grave situación económica y social producto de la crisis agraria que padece el país.



**Producción.** India es el segundo productor agrícola del mundo.

→ cancias de contrabando, que representan los tres cuartos del comercio entre India y Bangladesh. La frontera es permeable y porosa. La prueba perfecta de que la necesidad es ley y de que la realidad en el terreno se mofa de la política nacionalista y de las falsas identidades que inventa.

En efecto, fue recién con la llegada al poder del Bharatiya Janata Party (BJP), el partido nacionalista hindú ultraconservador, cuando comenzó verdaderamente el operativo para reforzar la seguridad de la frontera. Cuando, en 1986, el Parlamento indio votó a favor de reforzar la frontera, el objetivo era tranquilizar a los habitantes de Assam, preocupados por la idea de que la inmigración musulmana clandestina hiciera peligrar el equilibrio religioso de la provincia. El proyecto, que se inició en 1989, había recibido un presupuesto inicial relativamente reducido. Luego, manipulando los números de la inmigración bangladesí y blandiendo la amenaza de una invasión musulmana, el BJP logró seducir a los hindúes y ganar las elecciones. Para reavivar el fervor nacionalista, trazó un signo igual entre el “Bangladesh islámico”, el desempleo y los ataques terroristas en India. Después del 11 de Septiembre, cuando la “guerra contra el terrorismo” cobró dimensión mundial, algunos responsables de la seguridad nacional en Nueva Delhi empezaron a evocar los muros famosos construidos por otras grandes potencias, como Israel y Estados Unidos, para garantizar su seguridad. Gracias a su muro, India pasaba a formar parte de las democracias más poderosas del mundo...

Cuando se les pide a los indios que expliquen su presencia, aluden sin sorpresa a la reiterativa lista de los miedos nacionalistas: los inmigrantes que les robarían su trabajo, los refugiados que desesta-

bilizarían el equilibrio étnico y religioso ya frágil de la región, el terrorismo internacional que utilizaría a Bangladesh como base trasera para permitir que los extremistas islamistas lleven a cabo sus misiones suicidas en Bombay... Pero, detrás de su muralla, ¿India está realmente protegida de las amenazas a las que han dado cuerpo el BJP y el 11 de Septiembre?

### La porosidad de la frontera

Un cordón de chozas con techo de paja se yergue a lo largo de la frontera. Cada trescientos metros, una nueva garita y un guardia uniformado con un fusil al hombro. La fuerza de seguridad fronteriza (Border Security Force, BSF) cuenta con doscientos cuarenta mil miembros. Sus campamentos están desplegados a lo largo de tres mil kilómetros para controlar una línea que fue trazada en papel cincuenta años atrás.

Según el brigadier Singh, que se enroló en la BSF hace veinticinco años, “nada cruza la frontera; nadie, ninguna mercancía, nada”. Los habitantes, por su parte, cuentan una historia muy diferente: un comerciante de ganado de Lagola, una pequeña ciudad fronteriza de Bengala Occidental, estima que aproximadamente el 80% de los habitantes están involucrados en el comercio transfronterizo.

La noche cae rápido bajo los trópicos y, con la oscuridad, aparece otro mundo. De pronto, en las rutas, resuena el ruido sordo de las pezuñas de los caballos. De la sombra de los árboles surgen siluetas, los estrechos senderos se iluminan con velas. Cada noche, se forman cadenas humanas improvisadas; decenas, e incluso cientos de personas, transportan millones de dólares de mercancías de contrabando hasta Bangladesh. Y casi todos los guardias fronterizos generan increíbles beneficios facilitando lo que supuestamente deberían impedir.

“India y Bangladesh son como dos hermanos que han sido separados –explica Supriyo Sen, cineasta originario de Bengala que ha recibido cuantiosas ganancias por sus documentales sobre las fronteras de India-. Hay muchas cosas que uno ama de su hermano, pero en el vínculo no deja de haber odio.” Un siglo atrás, Bengala era el hogar del renacer cultural indio y de su identidad moderna. Pero la prosperidad a la vez intelectual y agrícola que distinguía a esta región se basaba en la complementariedad de sus dos mitades: las industrias de la capital colonial, Calcuta, transformaban las materias primas provenientes de los terrenos aluviales que hoy se llaman Bangladesh. Cuando Bengala fue desmembrada, los granjeros del Este perdieron no sólo los puntos de venta para sus productos, sino también los medios para convertirlos en productos acabados comercializables. Las fábricas que producían bolsas con el yute e hilo con el algodón se encontraron, de la noche a la mañana, del otro lado de una frontera internacional.

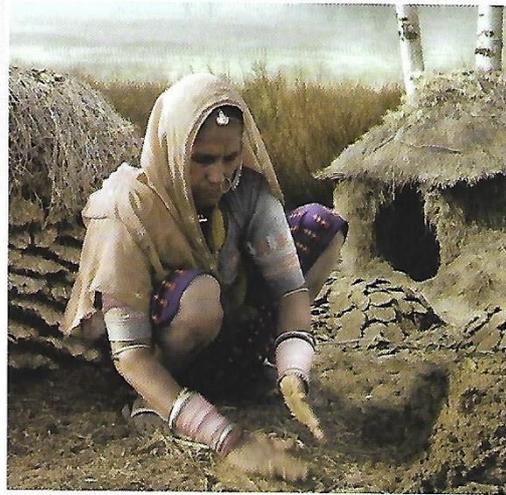
Después de la división, el nuevo estado indio de Bengala Occidental se vio confrontado a problemas de otra naturaleza: la penuria de alimentos asoló

Calcuta. Luego, en los años 1960, Nueva Delhi lanzó la “Revolución verde”: irrigando los estados de Bihar, Haryana, Punjab y Uttar Pradesh, transformó el norte del país en un granero de trigo. Compensando de ese modo la pérdida sufrida de un día para el otro, cuando la mitad de Bengala se convirtió en otro país, Nueva Delhi pudo entonces seguir alimentando su desarrollo industrial.

Mientras que el 18% de las importaciones declaradas de Bangladesh provienen de India, sólo el 0,01% de lo que entra a India es de origen bangladésí. Sin embargo, el antiguo Pakistán Oriental también tiene sus especialidades, la primera de las cuales –pese a lo que la historia podría hacernos pensar– no es ni el yute ni el algodón, sino un fertilizante tóxico llamado “amoníaco anhidro”. Pero pese a que exporta ropa y materias primas para la industria textil a todo el mundo, India no le compra casi nada.

Bangladesh, por su parte, necesita desesperadamente lo que se encuentra del otro lado de la frontera. El ganado alimenta la industria del cuero, una de las más rentables del país, que viene, por ejemplo, casi exclusivamente de India. La faena y la exportación están prohibidas en la mayor parte del territorio indio, pero, pese a esas leyes, que originariamente eran preceptos religiosos, todos los días llegan milagrosamente decenas de miles de cabezas de ganado vivo. “El contrabando es la segunda industria del país –nos dice Aminul Ehsan, director de Comunicación de Rupantar, una organización no gubernamental (ONG) de Khulna–. Sí, por supues-

© Dario Diamant / Shutterstock



**Conectividad.** El acceso de India a los estados del Noreste de Bangladesh es causa de resquemores.

ta la otra orilla y, ahí, están en regla.” Los animales vienen de los confines de India, puesto que el ganado bengalí ya no es suficiente. En Bangladesh, se venden a aproximadamente 40.000 takas (390 euros), es decir, 32.000 takas más que una vaca local y aproximadamente seis veces más de lo que valen en un distrito indio donde la faena está prohibida.

## Mientras India emerge como una de las mayores potencias del mundo, Bangladesh sigue luchando por infraestructuras básicas.

to, hay tráfico ilegal en India, pero no tanto como aquí, donde representa la mitad de todo”, de todo lo que se compra, se vende y se consume.

Si bien el comercio de ganado vivo está prohibido en el lado indio, la vaca hindú que llega al Bangladesh musulmán ya no se considera ilícita. Basta con pagar al llegar un impuesto de 500 takas (un poco menos de 5 euros) y listo, asunto resuelto. Para los más pobres, del pastor perdido en el fondo del campo al artesano del cuero de Dacca, el ganado es vital. Y puede encontrarse buey “bangladésí” en todo el mundo: bajo la forma de churrascos en Dubai y Abu Dhabi, de marroquinería de lujo en París, de botas italianas imitadas en Estados Unidos...

“Por acá cruzan los animales –indica Korgan Ud-din, director de una escuela coránica local, señalando una parcela de pasto pisoteada en la orilla vecina–. Atan diez o quince vacas juntas con una sogá, pasan a través de los arrozales y después sólo hay que esperar el momento adecuado. Las llevan a un pequeño río que separa India de Bangladesh, nadan con ellas has-

De los 27 kilómetros de la comuna de Lagola que bordean la frontera, sólo 7 están alambrados, e incluso ahí, los animales pasan sin problema. Romjun, un comerciante local de ganado, explica: “Apoyas un vaso lleno de agua contra el alambrado para ahogar el ruido cuando lo cortas, y listo, estás del otro lado. ¡No es muy difícil! No importa que haya un alambrado, mientras se les pague a las personas correctas”.

En Lagola, hay ganado por todas partes. En Rajshahi, justo del otro lado del río, o a veces del alambrado, su comercio es una verdadera institución. Los mercados (*haat*) de muchas ciudades fronterizas están concebidos para poder recibir increíbles cantidades de bovinos. En *City Haat* (mercado municipal) de Rajshahi, uno de los diez del distrito, cada semana se intercambian tres mil cabezas, e incluso el cuádruple durante el mes que precede a la celebración musulmana del Aid.

Atiqur Rahman obtuvo la concesión del *City Haat*, un puesto gubernamental que le cuesta mi-→

### La amenaza ambiental

El calentamiento climático y el ascenso de las aguas del golfo de Bengala –con la consiguiente salinización de los campos de arroz– amenazan a 20 millones de personas en Bangladesh.

### Banco social

Auténtico escaparate del microcrédito, el Grameen Bank de Bangladesh, que cuenta con más de 30 millones de clientes, recibió el Premio Nobel de la Paz en 2006 junto a su fundador Mohammad Yunus, quien fue destituido de sus funciones en 2011.